
Contra todos los enemigos. Las confesiones del responsable del antiterrorismo en la Casa Blanca, de Richard A. Clarke	173
<hr/>	
Enciclopedia de paz y conflictos, de Mario López Martínez	175
<hr/>	
Global Covenant. The social democratic alternativa to the Washington Consensus, de David Held	178
<hr/>	
¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad estadounidense, de Samuel P. Huntington	181

CONTRA TODOS LOS ENEMIGOS
Las confesiones del responsable del antiterrorismo en la Casa Blanca

Richard A. Clarke
 Taurus, Pensamiento,
 Madrid, 2004,
 382 páginas.

En numerosas ocasiones he tenido la oportunidad de exponer la tesis de que, en no pequeña medida, Bush tuvo responsabilidad en los atentados del 11-M madrileño, aunque no haya sido convocado por la Comisión de Investigación creada en nuestro Parlamento para averiguar los pormenores relativos a ellos. Al no haber perseguido con determinación las raíces de Al Qaeda, cuando EEUU atacó Afganistán, y al haber preferido invadir Irak — por motivos muy distintos a la lucha contra el terrorismo —, contribuyó al auge terrorista que acabó ensangrentando Madrid. Con otras palabras sostiene lo mismo el libro que aquí se comenta: “La guerra de Irak fue un error estratégico de primera magnitud. En vez de dedicarnos con energía a la prioridad de crear un contrapeso ideológico para Al Qaeda, invadimos Irak y abastecimos a Al Qaeda precisamente del combustible propagandístico que necesitaba” (p. 339). Combustible que se extendió por gran parte del mundo islámico y abrió banderines de enganche terrorista en países muy distintos, sirviendo de abono para el crecimiento de esta moderna plaga internacional. Richard A. Clarke ha sido el

principal responsable de la lucha antiterrorista en la Casa Blanca durante las presidencias de George H. Bush, William J. Clinton y George W. Bush, hasta que renunció voluntariamente a su puesto en 2003 para dedicarse a sus actividades privadas, entre las que se encuentra el profesorado en la prestigiosa universidad estadounidense de Harvard. Aparte de eso, su carrera política, consistente en treinta años de servicio directo a la presidencia de EEUU — siempre implicado en cuestiones de seguridad interior —, confiere al autor una amplia perspectiva y un gran conocimiento de los entresijos del poder en EEUU. Escrito en primera persona, a la vez que un interesante y vívido tratado de política práctica, este libro es una impresionante narración de los acontecimientos que han modelado la reciente historia de la humanidad, relatados por alguien que ha podido controlarlos de modo directo. Conocer, siquiera por encima, la dinámica del poder en la primera superpotencia mundial es lo que pueden lograr, tras dedicar unas pocas horas a su lectura, quienes no desean seguir siendo engañados por las verdades oficiales. El autor, conversando con otro alto funcionario sobre la política de Bush y sus consejeros, se expresaba así: “Siguen sin entenderlo. En vez de ir a por todas contra Al Qaeda y eliminar los puntos vulnerables de nuestro país, quieren invadir Irak otra vez. Tenemos una fuerza militar simbólica en Afganistán, los talibanes se están agrupando de nuevo, no hemos capturado a Ben Laden, ni a su mano derecha, ni al jefe de los talibanes. Y no van a enviar más tropas a Afganistán para capturarlos... ¿Sabes hasta

qué punto se fortalecerán Al Qaeda y otros grupos similares si ocupamos Irak? Ahora no tenemos ninguna amenaza iraquí, pero el 70 por ciento de los estadounidenses creen que Irak atacó el Pentágono y el World Trade Center. ¿Sabes por qué? ¡Porque eso es lo que quiere la Administración que piensen!” (p. 300).

Estremece saber que así hablaba un alto funcionario del Gobierno de Bush, con amplia experiencia antiterrorista, conocimiento interno de la política de EEUU y relaciones personales al más alto nivel. Pero este libro no describe sólo la lucha antiterrorista de EEUU y sus ostensibles fracasos. Diseciona crudamente la política exterior de este país: “Madeleine Albright, yo y un puñado de personas habíamos acordado un pacto en 1996 para echar a Butros-Ghali de la Secretaría General de la ONU”. Admite que manipularon no sólo la expulsión del secretario general sino que “se seleccionase a Kofi Annan para sustituirle” (p. 251-252). Por mucho que sea cosa ya sabida, es interesante constatar fehacientemente los manejos de EEUU para controlar a la ONU. Y es también interesante comprobar que los diplomáticos de EEUU suelen tener algo de especial: “No era el tipo de diplomático que se preocupaba por el protocolo en una cena, sino que entendía de helicópteros armados e interceptación de las comunicaciones” (p.290), escribe al referirse al entonces embajador de EEUU en Indonesia. Un diplomático que sabía cómo intervenir activamente en el país donde estaba acreditado, y esto le confería prestigio en las altas instancias del poder. El nombramiento de Negroponte para la embajada de Bagdad —la

más ampliamente dotada de todo el mundo— está en la línea de esa larga genealogía de embajadores “paradiplomáticos”, de nefasto recuerdo en Latinoamérica y otras partes del mundo. Por mucha eficacia que se desee dar a la acción antiterrorista, existe un límite insuperable en casi todos los países: la burocracia. Cuando el Congreso de EEUU pretendía modificar la ley que estructuraba el Departamento de Seguridad Nacional (creado después del 11-S), “tanto el FBI como la CIA vieron en este mandato un desafío a su autoridad. Aunque a menudo enfrentados y poco dispuestos a compartir información sobre terrorismo, la CIA y el FBI pueden hacer causa común cuando se enfrentan al mismo enemigo burocrático” (p. 313). Conclusión evidente: la burocracia y sus luchas intestinas son el mejor aliado de las células terroristas. Algo podría deducir al respecto el recién creado CNI español en sus actuales esfuerzos organizativos. Una de las más penosas sensaciones que se experimentan al leer esta antología de política práctica es el desprecio por la vida humana. Cuando EEUU atacaba a Al Qaeda en Somalia, Clarke argumenta: “...dudo que pudiera haberse hecho otra cosa. Matar a más somalíes inocentes no habría ayudado gran cosa” (p. 120). De donde se deduce que, si la muerte de inocentes “ayudara”, no se consideraría inmoral, porque el prestigio de EEUU no tiene precio: “Tras la muerte de 278 ‘marines’ en Beirut, Reagan había invadido Granada, para demostrar que aún podíamos hacer uso de la fuerza” (pp. 119-120). ¿Cuántos granadinos inocentes murieron para reforzar el prestigio de EEUU? En tres

líneas aparece clara la inmoralidad de cierta política exterior de EEUU: ni siquiera para justificar la ignominia se recurre a la usual razón de Estado, sino a la simple venganza por el orgullo nacional herido, igual que ocurrió tras al 11-S. Clarke desvela sin rodeos el primitivismo mental de Bush y de su círculo íntimo: "... [Bush] buscaba una solución simple... [de los problemas]. Una vez que conseguía eso, era capaz de poner mucha energía en su deseo de lograr el objetivo. El problema era que muchos de los asuntos importantes, como el terrorismo, como Irak, eran un fino encaje de sutilezas y matices importantes. Estos asuntos requerían análisis, y Bush y su círculo de asesores no tenían un interés especial en análisis complicados; ya sabían las respuestas a los asuntos que les interesaban, eran creencias generalmente aceptadas" (p. 302). Al referirse a Bush y sus inmediatos colaboradores, un columnista del partido republicano comentó al autor: "Estos tipos son más endogámicos, herméticos y vengativos que la Mafia" (p. 305). Pues es con esos tipos con los que el presidente español José María Aznar selló en las Azores un pacto de mutua lealtad que comprometió a España. Su ceguera, ya evidente entonces, queda de sobra demostrada con testimonios tan demoledores como los del libro aquí comentado. Es de desear que los nuevos responsables de la política exterior española tengan en cuenta algo de lo que en él se describe.

Alberto Piris
Analista del Centro de
Investigación para la Paz
(CIP-FUHEM)

ENCICLOPEDIA DE PAZ Y CONFLICTOS

Mario López Martínez (Dir.)
Editorial Universidad de
Granada,
Granada, 2004,
1227 páginas.

La *Enciclopedia de Paz y Conflictos*, elaborada por el Instituto de Paz y Conflictos de la Universidad de Granada, es un nuevo reto y un intento afortunado de sistematizar los diferentes contenidos temáticos que aparecen en la investigación para la paz. La lectura de los artículos de cada una de las palabras permite hacernos una idea de la riqueza y diversidad de la red conceptual de esta investigación. Asimismo, favorece la contextualización y percepción de las distintas interpretaciones y teorías que han ido surgiendo con el paso del tiempo debido a la variedad de autoras y autores participantes. Debido al carácter interdisciplinar de los estudios para la paz y los conflictos, cada uno de los artículos ha sido redactado por distintos expertos y expertas procedentes de múltiples disciplinas. Así, hay participantes procedentes del ámbito de las Historias, Filosofía, Pedagogía, Geografía Humana, Sociología, Ciencias Políticas, Derecho Internacional, Economía y Comunicación, entre otros. También los componentes del Comité Científico mantienen este rasgo de interdisciplinariedad que concede mayor riqueza a la obra en cuestión. Esta diversidad de ámbitos nos permite ampliar la visión y observar la variedad de enfoques y metodologías que

pueden seguirse en las investigaciones sobre la paz y los conflictos.

El glosario, que sirve al mismo tiempo como preámbulo, muestra de antemano un mapa conceptual que ayuda a situar los principales términos de estos estudios y las relaciones existentes entre ellos. A lo largo de los dos volúmenes se encuentran títulos relacionados con los siguientes campos temáticos, entre muchos otros:

1/ Los *conflictos bélicos*, con términos tales como armas ligeras, armas estratégicas, armas químicas, armamentismo, armisticio, carrera de armamentos, ciclo armamentístico, comercio de armas, conflictos este-oeste, conflictos norte-sur, conflictos político-sociales, derecho de guerra, desmilitarización, foco guerrillero, guerra, guerra atómica, guerra civil, guerra de guerrillas, guerra fría, guerra justa, etc.

2/ Los *conflictos interpersonales* y de una dimensión más psicológica caracterizados por palabras como conflicto, conflictología, conflictos ambientales, conflictos de género, conflictos educativos, conflictos en las organizaciones, empoderamiento, perdón, reconciliación, resentimiento, etc.

3/ La *perspectiva de género*, con términos como derechos humanos de las mujeres, feminismo, feminismo de la diferencia, género, mujeres, mujeres (conferencias internacionales sobre...), mujeres de negro, mutilación genital femenina, nueva masculinidad, violencia de género, etc.

4/ La *interculturalidad*, con voces como cultura, discriminación, educación

intercultural, educación multicultural, indígenas, inmigración, interculturalidad, intolerancia, etc.

5/ El *diálogo de civilizaciones*, con referencias a diferentes religiones y culturas como Baha'í, budismo, ciudadanos del mundo, minoría étnica, minorías, etc.

6/ La dimensión ecológica y económica, caracterizada por términos como deuda externa, ecofeminismo, ecología, ecología profunda, ecologismo, economía criminal, economía ecológica, economía ética, economía sumergida, ecosocialismo, educación ambiental, etc.

7/ La *dimensión del desarrollo*, con voces como antropología del desarrollo, cooperación para el desarrollo, derecho al desarrollo, desarrollo, desarrollo humano, educación para el desarrollo, maldesarrollo, modelos de desarrollo, etc.

8/ *Aspectos filosóficos, epistemológicos y morales*, con referencias como democracia, Estado, Estado del bienestar, ética de máximos, ética de mínimos, ética de la virtud, ética discursiva, ética y política, filantropía, valores, etc.

9/ Los *derechos humanos*, con palabras como declaración islámica universal de derechos humanos, declaración universal de derechos humanos (1948), defensores de los derechos humanos, derecho a la paz, derecho penal internacional, derecho de la infancia, derecho del niño, derechos humanos, derechos humanos de las mujeres, pactos internacionales de derechos humanos, etc.

10/ *Riqueza en la comprensión de la paz*, caracterizada por títulos como agendas de la paz, arte y paz, consolidación de la paz, cuerpo de paz, cultura de

paz, día de la paz, epistemologías para la paz, paloma de la paz, pax, pax augusta, pax romana, paz, paz imperfecta, paz negativa, paz perpetua, paz positiva, peace-building, peace-keeping, peacemaking, etc. Entre los contenidos específicos de la enciclopedia incluidos en los artículos (centrados en parte en las líneas de investigación del mismo Instituto), se encuentra el concepto de paz imperfecta, propio de la teoría e investigación de Francisco Muñoz, que supone una nueva línea de investigación. Francisco Muñoz, que fue el director fundador del mencionado Instituto de Paz y Conflictos, realiza sus investigaciones desde el ámbito de la Historia Antigua, y a partir de ellas elabora su teoría sobre la paz imperfecta. Muñoz considera que la paz es un proceso inacabado al igual que lo es la violencia. La paz nunca puede ser perfecta y completa. Por esta razón, encontramos continuamente a lo largo de la historia momentos de paz que tienen una duración limitada en el tiempo y que son sustituidos por nuevos momentos de violencia. Con esta idea, se refiere a un proceso en el que cada nuevo momento de paz está mejor confectionado que el anterior debido a las experiencias pasadas ya vividas, pero sin llegar a la perfección. Como consecuencia, afirma que todas las personas tenemos que ir trabajando periódicamente y aprendiendo de las antiguas experiencias de paz con la finalidad de construir cada vez la realidad de un mundo más próximo a la cultura de paz. Además, esta noción supone un giro epistemológico: ya no se estudia la paz desde los diferentes tipos de violencia, sino

que éstos se entienden desde la idea de paz que aunque imperfecta también está presente en la historia. Son estos momentos de paces imperfectas los que nos proporcionan criterios para presentar alternativas a las violencias. Mario López Martínez, director de esta enciclopedia y actual director del Instituto de Paz y Conflictos de la Universidad de Granada, es el autor de una gran variedad de artículos en el conjunto de los dos volúmenes, en gran parte relacionados con su ámbito de investigación referido a la no-violencia, métodos de acción no-violenta y pacifismo. El concepto de no-violencia se suele relacionar con personajes históricos como Gandhi, Luther King y Nelson Mandela. A menudo se identifica con una forma de práctica sociopolítica, como todo un conjunto de estrategias y procedimientos de presión político-social que ofrece una concepción humanista, espiritual y abierta de las relaciones humanas. Asimismo, se refiere a una serie de métodos de lucha no armados e incruentos y a un programa constructivo y creativo de bienestar de todos. Algunos de los principios y valores más significativos de la no-violencia son: no matar, buscar la verdad, diálogo y escucha activa, pensar de manera creativa y alternativa. Los métodos de acción no violenta son el conjunto de instrumentos, procedimientos y estrategias de acción usados en aquella lucha en la que se renuncia al empleo de la violencia y a causar daños. Como ejemplo, el método no-violento de Gandhi se caracterizaba por la abstención de la violencia, la disposición al sacrificio, el respeto por la verdad, el empeño

constructivo y la gradualidad de los medios. Finalmente, existen distintos tipos de métodos no-violentos como la persuasión y protesta, los métodos de no-colaboración social, económica y política y los métodos de intervención no-violenta.

El concepto de pacifismo en sentido positivo es visto como aquella doctrina que busca favorecer y estimular todas las condiciones para que la paz sea un estado y condición permanente de las relaciones humanas, tanto entre personas, como entre Estados, naciones y pueblos. Por otro lado, cuando se habla de pacifismo se hace referencia tanto al conjunto de doctrinas que favorecen la paz como filosofía política, como al movimiento social que ha ido generando formas de movilización y de pensamiento a favor de la paz y en contra de la guerra.

Si bien hay algunos artículos desiguales, bien respecto del contenido o de los aspectos más formales, debido a la diversidad de disciplinas colaboradoras, la *Enciclopedia de Paz y Conflictos* puede ser un buen instrumento para investigadores e investigadoras de la paz desde niveles universitarios e incluso para profesores que se dediquen a la educación para la paz en bachillerato o en la enseñanza secundaria, así como para distintas organizaciones no gubernamentales.

Sonia París Albert.

Investigadora de la Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz Universidad Jaume I de Castellón

**GLOBAL COVENANT.
THE SOCIAL
DEMOCRATIC
ALTERNATIVA TO THE
WASHINGTON
CONSENSUS**

David Held
Polity,
Cambridge, 2004,
201 páginas.¹

La obra de David Held es una buena muestra de las dificultades a las que se enfrentan las ciencias sociales ante los retos de la globalización. Aunque Held es politólogo por adscripción académica, su obra se sitúa plenamente en la disciplina de las relaciones internacionales, y también es una referencia importante en el campo de la filosofía del derecho internacional. Este hecho no es casual. Con el proceso de globalización, el *locus* de la política se desplaza desde el Estado nación a la política mundial, y las fronteras académicas se hacen cada vez más permeables de la misma forma que lo hacen las fronteras políticas.

Su programa de investigación se inició con el estudio de las contradicciones de la democracia en un mundo globalizado. En *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al orden cosmopolita* (Barcelona, Paidós, 1997), Held revela cómo el proceso de globalización erosiona la soberanía nacional y, con ello, los conceptos de soberanía

¹ Ver en este mismo número de *Papeles de Cuestiones Internacionales* David Held, "Viejo Consenso de Wasingthony nueva doctrina de seguridad de EEUU: perspectivas futuras, pp. 11-33.

popular y democracia representativa se tornan cada vez más problemáticos. En ese influyente libro, Held concluye que es necesario iniciar un amplio programa de reconstrucción de la teoría y la práctica democrática para responder a las demandas de gobernanza y de regulación y al espacio político global que se va gestando conforme avanzan los procesos de globalización y regionalización. En ese programa, Held pone al día las ideas de Kant en su opúsculo *Sobre la paz perpetua*, reclamando instituciones y reglas que hagan posible una “gobernación democrática cosmopolita”. Según el propio Held, “en el centro de estas ideas se encuentra la visión internacionalista, o, mejor, cosmopolita, de que el bienestar humano no ha de estar definido por ubicaciones geográficas o culturales, que las fronteras nacionales, étnicas o de género no deben determinar los límites a los derechos y las responsabilidades para la satisfacción de las necesidades humanas básicas, y que todos los seres humanos requieren el mismo respeto y preocupación moral”. En obras posteriores, sin separarse de esa visión cosmopolita, Held y sus colaboradores, en especial Anthony McGrew, han estudiado a fondo el proceso de globalización (*Transformaciones globales. Política, economía, cultura*, México, Oxford University Press, 2002), el debate político-ideológico sobre este fenómeno (*Globalización-antiglobalización*, Barcelona, Paidós, 2003), y el entramado de instituciones internacionales y sus posibilidades para asegurar la gobernanza global (*Governing Globalization*, Cambridge, Polity, 2002). *Global Covenant* da continuidad a

esta empresa intelectual aportando algunas novedades importantes respecto a las obras anteriores. En primer lugar, Held revisa su propio análisis, y las aportaciones y debates más recientes sobre el proceso de globalización, poniendo en cuestión algunos mitos sobre la supuesta irrelevancia del Estado-nación, o sus consecuencias sobre la pobreza y la desigualdad internacional, que no siempre son tan negativas como se plantea desde el movimiento “altermundialista”. En segundo lugar, tiene presente los profundos cambios que ha experimentado el sistema internacional y el debate sobre la globalización tras los atentados terroristas del 11-S, las guerras en Afganistán e Irak, y la irrupción del pensamiento neoconservador en la política mundial. En tercer lugar, este libro, sin separarse del rigor académico, pretende ser un manifiesto teórico-ideológico para promover una alternativa socialdemócrata global frente al proyecto neoconservador de “guerra global contra el terrorismo” y el programa económico neoliberal del Consenso de Washington. Con ese programa, situado en el centroizquierda, Held también se distancia de las críticas y las propuestas de los “altermundialistas” más radicales, que considera poco rigurosas, y aún menos factibles. Según Held, el 11-S ha sido una oportunidad perdida para afirmar un nuevo orden internacional y hacer frente al terrorismo global fortaleciendo el imperio de la ley y el papel de la cooperación internacional. En vez de esto, EEUU y sus aliados se convirtieron en jueces, jurado y ejecutores a partir de una concepción unilateral e ilegítima

de la justicia, y en vez de desactivar conflictos como el de Oriente Próximo, aceleraron la espiral de la violencia con el despropósito de la invasión de Irak, debilitando el derecho internacional y las organizaciones internacionales, en el momento en que son más necesarias. En la particular visión y narrativa de los *neocons*, se ha impuesto una agenda de seguridad corta de miras, y peligrosa, al poner en cuestión principios básicos del orden internacional, como los de soberanía, no intervención e igualdad soberana de los Estados, lo que retrotrae al sistema internacional a un “estado de naturaleza” prehobbesiano. La posición alternativa, según Held, es la “socialdemocracia global”, que pretende partir del proyecto de la socialdemocracia y, al mismo tiempo, hacer suyos los avances del orden multilateral posterior al Holocausto. Su fin es adoptar parte de los valores e ideas de la socialdemocracia y aplicarlos a la nueva situación económica y política en el mundo. Los pactos sociales nacionales son insuficientes para garantizar un equilibrio real entre los valores de la solidaridad social, la política de la democracia y la eficacia del mercado. Desde estas premisas, *Global Covenant* plantea un amplio programa político para reformar la gobernación económica de la globalización, en ámbitos como las finanzas, el comercio y las transferencias de recursos de Norte a Sur con propósitos redistributivos, incluyendo “impuestos globales”. También se propone un “multilateralismo socialdemócrata” para reformar

las instituciones internacionales y asegurar su legitimidad, representatividad y eficacia, para asegurar la gobernanza global y proveer bienes públicos globales. El libro también presta atención a las contradicciones entre la soberanía del Estado y la gobernanza global, y el concepto de “ciudadanía multinivel”, que ya es una realidad en la Unión Europea. Frente a la agenda neoconservadora, Held traza un programa de acción para fortalecer la observancia de los derechos humanos y las normas internacionales aplicables a los conflictos armados —el *ius in bello* y el *ius ad bellum*—, en particular las relativas al uso de la fuerza y el acceso a las armas, y propone formas de regular la intervención por razones humanitarias compatibles con el ideario cosmopolita. El programa de la socialdemocracia global puede ser calificado de utópico. Como el propio Held reconoce, “con el telón de fondo del 11 de septiembre, la postura unilateralista actual de EEUU y el desesperado ciclo de violencia en Oriente Medio y otros lugares, propugnar la socialdemocracia global puede parecer un intento de desafiar la gravedad o caminar sobre las aguas. Y sería verdad si la alternativa fuera adoptar la socialdemocracia global totalmente y desde el principio o no adoptarla en absoluto.”² Sin embargo, el autor ve razones para el optimismo. La confluencia de fuerzas políticas y movimientos sociales en torno a estas ideas es ya visible en el programa electoral de algunos partidos europeos, y algunas ideas de Held han sido

² David Held, “Hacia un pacto global”, *Foreign Policy (Edición española)*, junio-julio 2004, Nº 3.

respaldadas por líderes como Javier Solana. El programa de política exterior impulsado por el presidente español, José Luis Rodríguez Zapatero, y sus propuestas de fortalecimiento del multilateralismo y “alianzas de civilizaciones” beben de estas fuentes. También son visibles estas ideas en la política exterior de la coalición “rojiverde” de Alemania y su ministro de exteriores, Joschka Fischer, aunque en este caso también es perceptible la influencia de otro autor “neokantiano”, el sociólogo alemán Ulrich Beck. Como manifiesto político, el libro plantea un “programa de máximos” y un “programa de mínimos”, con propuestas para los distintos actores y, en especial, para actores no tradicionales como las ONG, la Unión Europea o las organizaciones internacionales. Según Held, éstas deben ser parte de las coaliciones globales que afirmen una alternativa a la agenda neoconservadora de Washington y sus aliados y su inquietante visión de la guerra de civilizaciones, con la que se pretende justificar la instauración de “regímenes de seguridad nacional” a escala global.

José Antonio Sanahuja
 Director del Departamento de
 Desarrollo y Cooperación,
 Instituto Complutense de Estudios
 Internacionales (ICEI) y
 colaborador del Centro de
 Investigación para la Paz
 (CIP-FUHEM)

¿QUIÉNES SOMOS? LOS DESAFÍOS A LA IDENTIDAD NACIONAL ESTADOUNIDENSE

Samuel P. Huntington
 Paidós,
 Barcelona, 2004,
 488 páginas.

Durante gran parte de su carrera, Samuel Huntington, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Harvard, se ha esforzado por informar a la elite que gobierna EEUU de aquello que más quería oír. Durante la era de Eisenhower, ensalzó “los valores militares [de la] lealtad, el deber, la medida y la dedicación”, y defendía que EEUU tenía más que aprender del “orden disciplinado de West Point (...) que del individualismo chillón de Main Street”. En los años sesenta aseguraba que el tiempo jugaba a favor de EEUU en Vietnam, ya que la “urbanización y la modernización mediante la conscripción forzosa” —en otras palabras, el uso del napalm y de los defoliantes— estaba vaciando el campo y privando a los *vietcong* de la base rural de su apoyo. Tras el escándalo del Watergate, invocaba la necesidad de una presidencia más sólida y de un Congreso más disciplinado. Por añadidura, afirmaba que otorgar la igualdad de derechos a los afro-americanos podría ser algo más de lo que el sistema político estadounidense sería capaz de soportar. “Existen (...) límites potencialmente deseables en cuanto a la extensión indefinida de la democracia política”, sostuvo en un informe publicado en 1975 y patrocinado por la Comisión Trilateral. Durante los primeros años del

Gobierno de Reagan, advirtió de que EEUU se encontraba ante “una importante brecha de supervivencia”, y abogó por el despliegue de misiles MX y de un sistema de defensa antimisiles (Guerra de las Galaxias), para contrarrestar la creciente amenaza soviética.

No obstante, y a pesar de estos malos augurios, se mostraba, en lo esencial, bastante optimista en cuanto a las perspectivas a largo plazo para EEUU. La xenofobia estaba al alza, pero Huntington seguía aferrándose a la tradicional postura liberal, que sostenía que la inmigración y la diversidad eran positivas, y que no existía ningún grupo étnico que un EEUU abierto y dinámico no pudiera absorber. EEUU, más que un Estado étnico, era —según escribía en 1981— un Estado ideológico basado en un “credo estadounidense” de libertad y justicia para todos. Aunque, por lo general, supondríamos que un sistema de creencias de este tipo se debilitaría con el transcurso de los años, sería más probable lo contrario. “Cuánto más plural sea la cultura de la nación”, declaraba, “más esenciales serán los valores políticos del credo para la definición de aquello que los estadounidenses tienen en común”. En otras palabras, la diversidad era una fuente de fortaleza. Cuanto más se reflejase la población del mundo en la estadounidense, esta última estaría más unida ideológicamente.

Esto era, sin duda, lo que la elite que gobernaba deseaba oír. Sin embargo, mientras EEUU celebraba su victoria final sobre la Unión Soviética, el pensamiento de Huntington tomaría un giro inesperado. A pesar del triunfo sin precedentes —argumentaba en “¿El choque de civilizaciones?”,

un artículo publicado en *Foreign Affairs*, que luego ampliaría en un libro con el mismo título (aunque sin los interrogantes), éxito de ventas—, EEUU no gozaría de su largamente esperada oportunidad para moldear el mundo a su imagen. Todo lo contrario, EEUU se enmarañaría en una serie de conflictos globales que enfrentan a un Occidente secular contra un Medio Oriente islámico, un subcontinente asiático hindú, una Rusia ortodoxa, etc. La rivalidad épica entre el capitalismo y el socialismo, según Huntington, resultaría ser poco más que un epifenómeno que ocultó la verdadera pugna entre los seguidores de Jesús, Mahoma, Vishnú, etc. Una vez concluida la guerra fría, la pugna de unas siete, ocho o nueve civilizaciones regionales (Huntington no especifica el número exacto) volvía a salir a la palestra. En vez de avanzar hacia el siglo XXI, el mundo, tal y como lo veía, retrocedía al siglo XI.

El panorama era desolador, pero, tal y como se han sucedido los acontecimientos, no del todo desacertado. La crispación ha aumentado en el mundo desde el colapso del sistema de la guerra fría y, tras el 11-S, una parte creciente del conflicto transcurre según parámetros de “civilización”. Osama bin Laden ha declarado la guerra contra los cruzados y los judíos, mientras que el presidente de EEUU, según un miembro de su familia citado de forma anónima en el nuevo libro de Peter y Rochelle Schweizer, *The Bushes: Portrait of a Dynasty* (Los Bush: retrato de una dinastía), cree que “nosotros los cristianos” debemos “contraatacar con más fuerza y mayor ferocidad de la que jamás puedan imaginar”. Se podría aventurar que el planteamiento de

Huntington se auto-alimenta en gran medida, ya que los fundamentalistas musulmanes, los sionistas cristianos y otros que simpatizan con su punto de vista parecen actuar de forma concertada, en mayor o menor medida, para asegurar que su profecía llegue a hacerse realidad. En todo caso, de lo que no hay duda es que su influencia ha ido en aumento.

Ahora vuelve Huntington con una visión que, si cabe, es aún más sombría. En *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, estrecha su punto de mira de la civilización al Estado. Su confianza anterior respecto a la capacidad de que EEUU se pudiese mantener como una entidad puramente ideológica se ha desvanecido. Ahora considera que sólo puede sobrevivir como un Estado “anglo-protestante” dedicado a la matriz de creencias religiosas, culturales y políticas que trajeron desde Inglaterra los colonos en los siglos XVII y XVIII. Tampoco es que sugiera que todos aquellos que no sean WASP (*White Anglo-Saxon Protestant*, blancos anglosajones y protestantes) al cien por cien deban recoger sus bártulos e irse. Pero apunta que si los estadounidenses quieren que su país se mantenga unido en las próximas décadas, deben volver a centrarse no sólo en una serie de creencias políticas fundacionales sino también en una cultura fundacional.

¿Qué cultura es esa? Más allá de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, según Huntington, ésta incluiría elementos clave como “la lengua inglesa; el cristianismo, el compromiso religioso; conceptos ingleses como el imperio de la ley, la responsabilidad de los gobernantes y los derechos del

individuo; además de los valores individualistas del protestantismo disidente, la ética del trabajo y la creencia en la capacidad y el deber de los seres humanos de intentar crear un ‘cielo sobre la tierra’”. Los lectores que conozcan la obra de Huntington, *Political Order in Changing Societies* (El orden político en sociedades en cambio), publicada en 1968, reconocerán estos elementos como los factores esenciales de la “constitución tudor”, que, supuestamente, trajeron consigo los puritanos cuando embarcaron rumbo hacia Massachussets en 1630. Si bien la dinastía de los Tudor había llegado a su fin aproximadamente 27 años antes, con la muerte de Isabel I, la teoría (que Huntington tomó prestada del historiador constitucional Charles McIlwain) sostiene que la clase media puritana reaccionó a las políticas absolutistas y criptocatólicas de sus sucesores, los Estuardo, aferrándose aún más a los ideales que ellos asociaban con la dinastía anterior: patriotismo, antipapismo, gobierno limitado y la creencia de que los ingleses eran el nuevo pueblo elegido por Dios. Sus propósitos al echar rumbo hacia el Nuevo Mundo eran salvaguardar esta herencia y construir un nuevo orden político (o, más bien, reconstruir uno anterior) según el modelo neo-isabelino. Casi cuatro siglos después y ante el temor de que multiculturalistas variopintos, activistas de la discriminación positiva y demócratas clintonianos estén desgarrando a EEUU, Huntington hace un apasionado llamamiento para un retorno a la “constitución” original de los Tudor, que subyace bajo la Constitución formal, ahora depositada dentro de una cámara a prueba de bombas en los Archivos Nacionales.

Aunque, según sostiene, el país puede cambiar en ciertos aspectos, nunca debe abandonar estas creencias anglo-protestantes del siglo XVI, que han sido la fuente de su grandeza. Todo lo contrario, debe volver hacia atrás, hacia sus raíces, restringiendo la inmigración, protegiendo la lengua inglesa y dando la espalda al secularismo liberal. Aunque Huntington no especifica si considera que esto es algo que debería ocurrir, o si sólo está prediciendo que va a ocurrir, mantiene que una reacción blanca, masculina y nativista sería una “reacción posible y plausible” a las políticas de discriminación positiva y a los “programas de ayudas a lenguas y culturas minoritarias” que “elites gubernamentales no electas” han impuesto en clara violación del “credo estadounidense”. Después de todo, “si los negros e hispanos se organizan y hacen presión para lograr privilegios especiales patrocinados por el gobierno, ¿por qué no lo harían los blancos? Si la National Association for the Advancement of Colored People [Asociación Nacional para el Progreso de Personas de Color] y La Raza son organizaciones legítimas, ¿por qué no lo sería una organización nacional para la promoción de los intereses de los blancos?”

Todo esto es suficiente para establecer a Huntington como la respuesta estadounidense a Jean-Marie Le Pen, o posiblemente como el Pat Buchanan de los intelectuales. Pero, aunque sería agradable poder informar que *¿Quiénes somos?* resulta zafio y simplista, y por tanto fácil de rechazar, la desafortunada realidad es que es el mejor libro de Huntington en varias décadas. Comparado con la confusa maraña que era *El choque de*

civilizaciones —que de forma auténticamente tautológica recogía un enorme volumen de pruebas para luego declarar que su tesis quedaba legitimada por el propio volumen de estas pruebas— su nueva obra es mucho más lógica y rigurosa. Consigue poner el dedo sobre los problemas clave que azotan al Estado-nación moderno, los analiza con una claridad admirable y posteriormente utiliza este análisis para llegar a conclusiones que son completamente contrarias a lo que deberían ser. Sus resultados seducen y son poderosos y, por tanto, aún más peligrosos. Este es un libro francamente nefasto, precisamente por ser tan bueno. Por lo menos en cierto nivel, el problema clave que azota al Estado-nación moderno tiene que ver con el viejo problema del cambio y la continuidad. En este caso, ¿cómo puede EEUU considerar que es la misma nación que en el siglo XVIII cuando tantas cosas en ella han cambiado? Un liberal podría contestar que lo que une a los estadounidenses de hoy en día con sus “antepasados” del siglo XVIII son una serie de creencias comunes que han definido a su país desde sus orígenes. Pero, esta respuesta evita la cuestión del grado de cambio registrado en estos valores centrales. De hecho, una gran parte de la población en EEUU cree en cosas como la igualdad racial y sexual, y en los derechos de los homosexuales que, podemos asegurar, habrían espantado a los granjeros en armas en las batallas de Lexington y Concord. ¿Cómo podemos alegar ser miembros de esta misma gran familia estadounidense cuando existe tal brecha? Y, si no hacemos tal alegato, ¿por qué no cortar

nuestros vínculos con el pasado para poder flotar libremente a la deriva?

Huntington, o bien no cree en tal derecho o piensa que los estadounidenses lo ejercitan por su cuenta y riesgo. Recortar los vínculos culturales de EEUU con el pasado, según escribe, supone un concepto de nación que conlleva poco más que un “contrato político entre individuos que carecen de cualquier otro elemento en común”. Mientras que antes pensaba que esto era suficiente, ahora declara que “EEUU con el credo como única base unitaria pronto podría evolucionar hacia una laxa confederación de grupos étnicos, raciales, culturales y políticos, con poco o nada en común salvo su emplazamiento en el territorio de lo que fue EEUU”. El país llegaría a asemejarse a los antiguos imperios políglotas: el austro-húngaro, el otomano o el ruso, salvo que en estos al menos existía la figura del emperador para mantenerlos unidos y EEUU ni siquiera tendría esto. En cambio, el país se desintegraría al alejarse cada subgrupo para concentrarse en sí mismo, sin que nadie se preocupase de la nación en su conjunto.

Esto es una caricatura de un movimiento que supone la fragmentación en unas manos, pero algo bien distinto en otras. Sin embargo, Huntington apunta no sólo al multiculturalismo sino también a la inmigración, tanto por la forma que ha adoptado en los últimos años como por la manera en la cual ha sido presentada. En contra del mito, argumenta, EEUU no es una nación de inmigrantes sino que, al menos en sus principios, es una nación de colonos, que al encaminarse hacia el Nuevo Mundo, consideraban que se

trasladaban de una zona de jurisdicción británica a otra, y no hacia una nueva nación. Al igual que los colonos estadounidenses en el Viejo Oeste, su deseo no era construir una nueva nación sino extender los dominios de una más antigua. De esta forma establecieron el país bajo una impronta claramente británica, a la que las oleadas posteriores de inmigrantes llegados tras la independencia no han tenido más opción que adaptarse. Así, los hijos de inmigrantes judíos se han vestido con chaquetas de franela y se han educado en los centros del Ivy League (las ocho universidades más antiguas y de mayor prestigio en EEUU), mientras que al menos un descendiente de inmigrantes italianos ha logrado acceder a uno de los asientos del Tribunal Supremo, para mejorar la exposición de los principios “intemporales” del derecho anglo-normando. Sin perjuicio de religión o nacionalidad, todos se han sometido a una reconversión anglo-protestante de algún tipo, ya fueran alemanes, irlandeses, chinos o mexicanos.

En realidad, según afirma Huntington, los mexicanos son la excepción. No sólo les ha costado algo más asimilarse que a otros grupos de inmigrantes, sino que el hecho de que EEUU comparta una frontera de 2.000 millas (3.200 kilómetros) con su patria original ha dado a su flujo las características de una invasión, que las oleadas anteriores no tuvieron. Huntington no es de los que se andan con rodeos. La “inmigración mexicana”, según declara, “está llevando hacia la *reconquista* demográfica de áreas que los estadounidenses arrebataron a los propios mexicanos por la fuerza en las décadas de 1830 y 1840” (en

realidad muchos de nosotros estaríamos encantados de devolverles Texas, pero dudamos que los mexicanos la quieran de vuelta). Los llegados nuevos están “desdibujando la frontera entre México y EEUU, introduciendo una cultura muy distinta, a la vez que también promueven el surgimiento en algunas zonas de una sociedad y cultura fusionada, medio estadounidense y medio mexicana”. Huntington ofrece pruebas que muestran que debido a que su patria original está al lado, los inmigrantes mexicanos han tardado más en adoptar la ciudadanía estadounidense que cualquier otro grupo étnico (aunque los canadienses tampoco han sido mucho más rápidos, presumiblemente por el mismo motivo) y han tardado más en aprender el idioma inglés. Los mexicano-estadounidenses no son el primer grupo inmigrante en encontrarse en un tira y afloja entre su lealtad hacia EEUU y hacia su patria original. Pero, debido a que su patria está tan cerca, el tirón que ejerce, según Huntington, es de una magnitud excepcional.

Huntington no se plantea la pregunta de qué habría que hacer. No lo necesita. Simplemente, problematizar la inmigración mexicana de esta forma es suficiente. Cuanto mayor sea el número de estadounidenses que se crean su idea de que los mexicanos suponen una amenaza —planteamiento que resultará más atractivo cuanto más se deteriore la economía— mayor será la serie de “soluciones” que se presentarán más o menos automáticamente: mayores controles fronterizos, mayores esfuerzos para limitar el acceso de aquellos cuyos papeles no estén en regla a la educación pública y a los servicios hospitalarios de

urgencia, etc. Teniendo en cuenta los enormes beneficios económicos que supone el trasladarse a EEUU —Huntington cita al historiador David Kennedy en el sentido de que el diferencial de ingresos entre EE UU y México “es el mayor del mundo entre dos países contiguos”— todas estas políticas se mostrarán ineficaces en mayor o menor medida. Pero, al igual que en la guerra contra la droga, cada fracaso llevará a una respuesta aún más extrema. Al final, el resultado más probable será el de un EE UU fortaleza, con zona fronteriza militarizada, controles de policía y carteles de “sólo inglés” en las paradas de autobús y en otros lugares públicos, un desenlace que no parece que le desagradaría demasiado a Huntington. Pero, no sólo los mexicano-estadounidenses se verán perjudicados por esta situación, esto afectaría también a los irlandeses estadounidenses, los judíos, los de izquierdas y todos aquellos sospechosos de tener una doble lealtad. Huntington se muestra igual de implacable en cuanto a la religión. Los estadounidenses son excepcionalmente religiosos, según los estándares del Primer Mundo, y según él deberían seguir así. También destaca que en EEUU reina todo menos la diversidad religiosa, por lo menos según los estándares mundiales. Con un 88% de los estadounidenses que se declaran cristianos, EEUU es más cristiano que Israel judío, que Egipto musulmán o que la India hindú. Según una encuesta global de actitudes religiosas de principios de los años noventa, EEUU aparece como la quinta nación más religiosa del mundo, superada tan sólo por Nigeria, Polonia, la India y Turquía, pero

por encima de otras 37, que incluyen a Irlanda, Brasil, Corea del Sur, China y Japón. Según otras encuestas: el 92% de los estadounidenses creen en Dios, un 85% piensan que la Biblia es palabra de Dios y un 74% creen en la vida después de la muerte. Como observó en 2000 el patrocinador de otra encuesta sobre religión, “los estadounidenses vinculan estrechamente a la religión con la ética y el comportamiento personal y lo consideran un antídoto al declive moral que perciben en nuestra nación hoy en día. El crimen, la avaricia, progenitores despreocupados, materialismo; los estadounidenses creen que todos estos males se verían mitigados si todas las personas fuesen más religiosas”. Durante el estrés sin precedentes que siguió al 11-S, sorprendentemente, un 59% de los estadounidenses afirmaron que creían que las profecías “cataclísmicas” incluidas en el Apocalipsis se cumplirían. En ninguna parte Huntington indica que él mismo cree en el Apocalipsis —es demasiado sofisticado para ello—. Más bien, acepta la religión, no porque sea cierta sino porque es parte esencial de la constitución Tudor, y porque es inherente a la evolución de EEUU; de una “tierra de promisión” a un “Estado cruzado”. Aunque no lo diga en tantas palabras, *¿Quiénes somos?* llega a aproximarse, y bastante, a agradecer a Al Qaeda lo ocurrido en 2001. Porque, “la identidad requiere la diferenciación”, según escribe Huntington, la caída de la Unión Soviética entre 1989 y 1991 dejó a EEUU a la deriva. Necesitaba un nuevo enemigo para poder definirse, y enemigos de poca monta, como Slobodan Milosevic

no eran suficientes. Pero entonces, afirma Huntington, “el 11 de septiembre de 2001, Osama bin Laden puso fin a la búsqueda estadounidense”. Según prosigue, “además de matar a varios miles de personas (...) colmó el vacío que dejó Gorbachov con la aparición de un nuevo enemigo, indudablemente peligroso, y definió con precisión la identidad estadounidense como nación cristiana”. Mientras que la rivalidad con los soviéticos llevó a que EEUU se identificara ideológicamente, esta nueva pugna, señala Huntington, ha llevado a que el país se defina religiosamente. Paradójicamente, la cruzada de Bush, al igual que la *yihad* de Bin Laden, se refuerzan mutuamente. Cuanto más se peleen entre ellos, mayor será el efecto de “fundamentalización”, tanto en EEUU como en Oriente Próximo. Cuanto más lucha EEUU contra el islam militante, más se parece a su equivalente cristiano.

Ahora que gran parte del mundo ha adoptado la lógica de *El choque de civilizaciones*, surge la pregunta de si EEUU dará el paso siguiente y adoptará la lógica de *¿Quiénes somos?* Mi sospecha es que un número creciente lo hará. El problema no está sólo en una economía en declive que irrita a los estadounidenses sino también en una creciente sensación de beligerancia que la guerra contra el terrorismo parece acentuar. Huntington tiene razón: impone una lógica distinta. En conflictos anteriores, los estadounidenses apuntaron a objetivos que eran específicos y prosaicos —como la “esclavocracia” del sur, por ejemplo, la Alemania imperial o el Gobierno nazi en Berlín—. Una vez derrocados, la guerra concluía. Pero esta vez, el objetivo —“erradicar el mal del

mundo”, tal como lo expresó Bush unos pocos días después del 11-S— es extremadamente nebuloso. De una forma u otra, el mal siempre estará entre nosotros. Una cruzada empeñada en eliminarlo para siempre es una fórmula que no sólo garantiza una guerra interminable sino también un continuo incremento del resentimiento hacia todos los que no estén, y al cien por cien, en el mismo bando. Es un sistema que se auto-alimenta, se auto-perpetúa y que está diseñado para aislar a EEUU y volverlo hacia sí mismo. Cuanto más lo haga, mayor será la preocupación por la búsqueda de aquel núcleo de EEUU que considera como su auténtica esencia. Cuanto más intente aislar este núcleo, mayor será su intolerancia hacia todo aquello, cosa o persona, que considere adulterado o impuro.

Este proceso no es inevitable. Los estadounidenses podrían frenarlo, ya sea admitiendo la derrota o reconsiderando, de arriba abajo, la guerra contra el terrorismo, y engendrar algo más racional, democrático y eficaz. Pero, lo primero es algo que los estadounidenses nunca hacen, y tampoco parece que haya nadie en Washington capaz, intelectual o moralmente, para lo segundo. Ya que nadie está dispuesto a enfrentarse a la (i)lógica de una cruzada interminable contra el terrorismo, esto sólo puede arrastrar a EEUU cada vez más a su propio abismo.

En el libro de Huntington se habla muy poco sobre la democracia. El

motivo es obvio. El gobierno de, por y para el pueblo implica la soberanía de “nosotros los vivos”, no sólo respecto al gobierno y la sociedad, sino también a la tradición, mientras que *¿Quiénes somos?* implica algo muy distinto. Representa un retorno hacia las ideas de Edmund Burke, un héroe de siempre de Huntington, que argumentaba que “una democracia perfecta es (...) la cosa más desvergonzada del mundo”, y que se debe considerar a una nación como una unión mística “entre los individuos vivos, los muertos y los que están por nacer”. El efecto de tales conceptos nos lleva a reducir a “nosotros los vivos” a poco más que “poseedores temporales y arrendatarios de vida”, como lo expresó Burke, y a sustituir la soberanía popular por la tradición. En vez del presente triunfando sobre el pasado, supone que el pasado triunfa sobre el presente. La nueva obra de Samuel Huntington es un manifiesto reaccionario que bien podría estar a la par con el clásico conservador de Burke *Reflections on the Revolution in France* (Reflexiones sobre la revolución en Francia). Considerando el clima actual en EEUU, no debería tener dificultad alguna en encontrar un público.

Daniel Lazare

Escritor estadounidense

Reseña publicada originalmente en *The Nation*, 14 de junio de 2004

Traducción: Leandro Nagore